

—Pero de qué manera puede aplicársele la pena de persecucion? Carece de intereses, y en cuanto á bienestar, creo que el destino se ha encargado de perseguirle mejor que lo que pudiéramos hacerlo nosotros.

—Cierto, pero nos queda un medio eficaz y terrible.

—¿Cuál?

—Mauricio está casado con una mujer que es un verdadero demonio y que le ama á su modo.

—¿Y bien?

—Explotando el mal carácter de esa criatura y excitando sus celos podremos acaso conseguir amargar hasta el extremo los días del traidor.

Ludovico miró absorto á Manuel. Admiraba su disposicion para el mal y se preguntaba á sí mismo si debia secundarle en sus siniestros designios.

—Le repito á vd., señor Velletri, que nunca será tarde para matarle—continuó Manuel, interpretando mal la vacilacion de Ludovico—tentaremos desde luego la persecucion, ¿le parece á vd.?

—Basta que venga de vd. la idea para que la crea buena, señor D. Manuel—contestó Ludovico.

—Es cosa convenida entónces—dijo Manuel levantándose y alargando la mano á Ludovico.

—Convenida—contestó este estrechando la mano del mason y acompañándole hasta la puerta.

LXXVIII.

Trasfiguracion.

Cuando Mauricio volvió de su expedicion á San Cosme, su mujer le recibió con desusada amabilidad. El pintor, poco acostumbrado á semejante recibimiento no sabia qué pensar; creia que su repentina salida de por la mañana habria disgustado á María hasta el grado de producir alguna escena escandalosa á su regreso, y cuando se preparaba á armarse de paciencia con que resistir el choque de la ira de la antigua modelo, esta le preguntó con un acento dulce, al que no se hallaban acostumbrados sus oidos:

—¿A dónde fuiste, Mauricio?

—Me llamaron para hacer un retrato.

—¿Se puede saber de quién?

—Mira el contorno—contestó el pintor desenrollando un gran pedazo de papel en el que se hallaba delineado con lápiz el busto de una persona que parecia dormida.

—¡Una muerta!—exclamó María espantada.

—¿Qué tiene eso de particular?
 —¿No te dá miedo retratar á los muertos?
 —Absolutamente; y luego, aunque me diera, casi no hay mas trabajo que ese, y con algo hemos de comer.

—¿Pobre Mauricio! tienes razon.

El pintor se admiraba cada vez mas de encontrar así á su esposa; le parecia estar soñando y por nada del mundo habria querido despertar de ese sueño.

—¿Mauricio?.....—dijo de pronto María.

—¿Qué se te ofrece?—preguntó el pintor que se hallaba preparando el lienzo para pasar su contorno.

—¿Me has de decir la verdad?

—¿De qué?

—De lo que voy á preguntarte.

—Veamos.

—¿Me quieres todavía?

El martillo con que Mauricio clavaba el lienzo al bastidor se le cayó de las manos. El pintor volvió la cara hácia su esposa con aire extraviado, como dudando que fuese la misma María que era su tormento cotidiano la que le hacia esa pregunta; el rostro de la jóven estaba trasfigurado, habia en él algo como un destello de su belleza de otro tiempo.

—¿Qué tienes hoy—preguntó Mauricio eludiendo la respuesta—que te encuentro mas amable que otras veces?

—He reflexionado en lo que nos pasa y voy á cambiar de conducta.

—¿Tú te vas á morir, muchacha!

María se estremeció y palideció ligeramente.

—Contéstame á lo que te he preguntado.

—Sé ocho dias siquiera como eres en este momento, y al fin de ellos te contestaré.

—Es decir que no me quieres ya.

—No digo tanto—replicó Mauricio, que no se atrevia á mentir y deseaba á toda costa evitar una escena desagradable.

—Bien visto, tendrías razon; yo no te causo mas que disgustos.

—¿María!—exclamó el pintor cada vez mas asombrado.

—No he sabido corresponder á tu generosa abnegacion por mí, ¡perdóname!

—¿Pero me querrás decir, mujer, que es lo que te pasa hoy? ¿qué trasformacion es esta? Dejé esta mañana en casa una María y encuentro ahora otra completamente diferente.

—Alguna vez habia de suceder; todo tiene fin en esta vida—dijo dulcemente María.

—¿Sabes, muchacha, que estoy tentado de no esperar los ocho dias?—exclamó el pintor cediendo á la natural bondad de su carácter—¿por qué no has sido siempre así? ¿podriamos haber sido tan felices!—agregó dando un suspiro.

—¿Es demasiado tarde?—preguntó María.

—Hay cosas que son siempre oportunas.

—¿Y si ya quisieras á otra?—continuó la jóven clavando una indagadora mirada en el rostro de su esposo.

—¿Yo!..... ¡á otra!—contestó sorprendido Mauricio que no se esperaba semejante interpelacion.

—No me han engañado—pensó María al notar la turbacion de su esposo; luego, en voz alta y sintiendo que se le desgarraba el corazon agregó:

—Sí, á otra; ¿qué tendria eso de particular?

—¿Pero estás loca? ¿quién me habia de querer?

—No faltaria sin duda; pero no se trata de que te quieran sino de que tú quieras.

—Te aseguro.....

—No hablemos mas de eso, Mauricio; te suplico que me perdones.

—¡Que te perdone! ¡estás hoy extraña!.....

—No te digo que me voy á enmendar?.....

—Si es propósito firme.....

—Firmísimo.....

—Entonces no hay que aguardar los ocho dias, sí te quiero, María—dijo Mauricio, que en aquel momento sentia efectivamente por su esposa algo semejante al cariño conyugal.

—¿No me engañas?

—Te lo aseguro bajo mi palabra de honor.

—¡Gracias!—exclamó María tendiéndole la mano á su esposo y besando la que este le alargaba.

Mauricio se hallaba conmovido; soñador y supersticioso por naturaleza creyó que aquella muerta, cuya imágen habia ido á reproducir en el papel, le traia la felicidad perdida á su hogar doméstico; vió á su esposa, creyó en la sinceridad de su arrepentimiento y atrayéndola hácia sí imprimió en su frente un beso abrasador. Dos gruesas lágrimas brotaron de los ojos de María y rodaron por sus mejillas. El ángel del hogar debió sonreir en aquel momento, miéntras que el espíritu de la discordia se alejaba de aquella modesta habitacion con todo el impulso de sus alas.

¿Qué pasaba en el alma de María? Los caracteres como el suyo tienen de esas transiciones rápidas y que á primera vista parecen inexplicables. La miseria, la falta de educacion, el amor salvaje que profesaba á Mauricio, habian hecho que convirtiera en víctima á este; queria ser amada á su manera, queria que el pintor no tuviera otro pensamiento que ella, otra ocupacion que acceder á sus menores caprichos; tenia celos de sus amigos, celos de los cuadros que pintaba, celos de todo, hasta de la luz que le alumbraba; queria que para Mau-

ricio nada hubiera en el mundo mas que ella, y á esta existencia ideal que se habia forjado en su imaginacion ardiente, no correspondia en lo mas mínimo la vida real que la necesidad del trabajo y el trato social que engendra obligaban á Mauricio á llevar. Exasperada, loca, amargó sus propios dias y los del hombre á quien se habia unido; pero aunque cedia á su extraño carácter conservaba en el fondo de su corazon un amor ardiente por Mauricio, amor que era realmente causa de que su genio se agriase mas y mas por que no se satisfacía ni podia satisfacerse con los pocos momentos que el pintor, entregado á un incesante trabajo, podia consagrarle.

Pero desde el momento en que María concibió la sospecha con visos de fundamento de que Mauricio amaba á otra, se operó una revolucion en su alma; su primer impulso fué de despecho, de rabia; mas tranquila despues, lloró el desvío del hombre á quien amaba, buscó el motivo de su pretendida infidelidad y le halló en su propia conducta. ¿Qué recurso le quedaba? ¿Atraer á su marido con el cariño y el buen comportamiento? ¿Acaso ya era demasiado tarde!

Aquel juguete frágil del destino que rodaba á merced de las pasiones; aquella alma violenta é impetuosa, sin valladar alguno que la contuviera, aquella mujer, dotada por la naturaleza de un corazon ardiente y apasionado, concibió una idea extraña como todo lo suyo; pensó que una vez entregado Mauricio á otro amor ella se hallaba de mas en el mundo; adquirir la certidumbre de que el pintor la engañaba y morir; no le quedaba otro recurso. Lo que Manuel le habia dicho por la mañana la habia convertido en otra mujer. Esperaria resignada hasta el dia siguiente las pruebas que el mason le habia ofrecido, y si eran tales como él decia, dejaria á Mauricio solo y en libertad de satisfacer ese amor que sentia por otra; compensacion única que podia ofrecerle por el sacrificio

que le habia hecho uniéndose á ella y por tanto como habia amargado su existencia.

Las naturalezas apasionadas como la de María no admiten términos medios, el amor tiene dos límites para ellas: la ferocidad y el sacrificio.

LXXIX.

Nueva plancha.

Hacia tiempo que Mauricio no tenia un trabajo urgente y de los que son por lo comun bien retribuidos, como aquel para que habia sido llamado á San Cosme. El pintor sabia perfectamente que era necesario apresurarse á concluir un retrato de esa naturaleza, porque apagado el primer entusiasmo cariñoso de los deudos á los pocos dias de la defuncion encuentran caro y mal hecho lo que en sus momentos de exagerado dolor les parece barato y de un perfecto parecido; así es que trabajaba el retrato de la difunta con una dedicacion absoluta.

María le veia trabajar, como de costumbre, pero léjos de tratar de incomodarle, procuraba con amabilidad y cariño hacerle agradable su presencia.

Mauricio no sabia lo que pensar; cediendo á sus instintos de artista y de poeta, para él no existia el pasado; el presen-